

**Colombia:**

# **La paz no es gratuita**

**Luis de Diego**

- \* **La violencia, el narcotráfico, la guerrilla... algo muy profundo y decisivo se está jugando, precisamente ahora, en Colombia.**
- \* **La injusticia social y los vacíos de poder, económicos, políticos y éticos, que ha ido dejando a lo largo de su historia un Estado que no hizo las urgentes reformas necesarias, están en la raíz de la difícil y compleja realidad colombiana.**
- \* **Colombia es una llamada angustiada y merece una honda reflexión en los 30 años de nuestra democracia.**

Las páginas de diarios y revistas durante los últimos meses aluden con frecuencia inusitada a noticias de Colombia. Y no por incidentes fronterizo-avales. Algo más profundo y decisivo se está viviendo, está jugándose, precisamente ahora, en Colombia, en medio de una espiral de violencia. Una guerra sin trincheras.

Las amenazas pueden venir de cualquier sitio. Hubo en Colombia el año pasado más de once mil asesinatos. Gente de diversas ideologías políticas arreglan sus diferencias con la muerte. El narcotráfico ha introducido la figura del "sicario", o asesino a sueldo, para arreglar cuentas con quien molesta. La vida no vale nada, cuando se está acostumbrado, por la política, la injusticia o el endurecimiento, a tomarse la justicia por la propia mano. La vida puede llegar a valer, a lo más, 40 o 70 dólares en alguno de los cordones de miseria de Medellín.

En Medellín viven los principales narcotraficantes. A Medellín llega la guerrilla. Aquí se esconden los paramilitares. También se encuentra aquí el mejor comercio de Colombia. Aquí florecen las propiedades de las familias Ochoa y Escobar, que se encuentran entre las veinte mayores fortunas del mundo.

En el mes de Noviembre pasado, el Ministro de Gobierno César Gaviria sorprendió al Congreso. Le entregó una lista de 138 grupos paramilitares activos en el país. De todo signo y tipo. Junto a bandas de criminales y sicarios, están los denominados "Grupos de autodefensa propia", ganaderos con apoyo del ejército, para combatir a los guerrilleros. Otros, como la Asociación Anticomunista Colombiana, y Muerte a los Revolucionarios son bandas derechistas. Existen evidencias bien documentadas de la participación directa de algunos oficiales del Ejército en escuadrones de la muerte. Otros, como el Escuadrón de Limpieza de Cali, se han declarado responsables de matar, de un año acá, a varios cientos de homosexuales, travestistas, delincuentes menores y mendigos.

A nadie se le oculta que el próximo 13 de Marzo es una fecha clave para el país. Por primera vez en la historia de Colombia

sus 28 millones de habitantes votarán a sus representantes municipales, elegirán directamente a sus alcaldes. La aprobación de esta ley, en 1986, supuso un avance democrático. Pero ha traído consigo una guerra sucia.

Una parte de las FARC, que se acogió a la pacificación, en alianza con el Partido Comunista, formó la Unión Patriótica (UP). En las elecciones del 86 obtuvieron 14 bancas en el Congreso y trescientos mil votos. Pero el mismo éxito convirtió a sus líderes en víctimas potenciales de asesinato, especialmente en las regiones donde pudieran triunfar en Marzo. El asesinato del líder de la UP Jaime Pardo Leal, el 11 de Octubre pasado, fue la auténtica crónica de una muerte anunciada dramáticamente por él mismo. No fue un incidente aislado. En los últimos 18 meses han sido asesinados otros 500 miembros de este partido.

La marginación social es evidente. Y evidente la injusticia social. El 10% más rico de la población colombiana tiene un nivel de vida promedio de cinco mil dólares anuales per cápita (propio de los países ricos del planeta); mientras que el 35% más pobre debe subsistir con 400 dólares anuales per cápita, al nivel de los países más pobres del mundo. Y el 55% restante se debate, con sus 650 dólares, en la raya de los países que apenas están arrancando en el proceso de desarrollo.

Paradójicamente, la economía crece con vigor. La mafia de la droga introduce anualmente miles de millones de dólares. Y se sentía más tranquila y menos violenta desde mediados de 1987: la excusa de inconstitucionalidad, pero sobre todo el terror, la amenaza y la corrupción hicieron que jueces y políticos abandonaran la idea de extraditar a los jefes de la droga a los Estados Unidos.

La liberación, legal pero vergonzosa, de Ochoa Uribe a fines de Diciembre pasado, colocó de nuevo sobre la mesa la posibilidad de extradición. Inmediatamente "los extraditables" han vuelto a amenazar con la muerte y a matar, efectivamente en los últimos días. La dinamita puesta hace meses al monumento del exministro asesinado, y que permenece

destruido en el centro de Bogotá, es un símbolo de quién tiene el verdadero poder en el país. Más allá del militarismo de izquierda y de derecha que se enfrentaron en el asalto al Palacio de Justicia. La imagen de Barco es la de un líder débil e indeciso, sin proyecto y sin contacto real con el país.

"Ni el diálogo con la guerrilla ni más medidas punitivas para la delincuencia común o el narcotráfico traerán la calma al país. Mientras no haya justicia social no habrá paz". Estas palabras de Carlos Mauro Hoyos, ex-Procurador General de la nación, recientemente asesinado, apuntan a la raíz. Y concluye dramáticamente el exprocurador: "Estamos en el umbral de una guerra civil". Explicable si es verdad lo que afirma el actual presidente de la comisión de derechos humanos de Colombia y ex-canciller, Alfredo Vázquez Carrizosa: "Colombia tiene un poder ejecutivo que no actúa, un Congreso que no legisla, y un sistema judicial que no aplica la ley". Ante esta afirmación surge la pregunta por las causas de estos vacíos (1). Por las alternativas reales de solución. Y en qué modo y medida, lo que sucede en Colombia nos toca, afecta y enseña.

## HISTORIA DE AYER, VACIOS DE HOY

### a) Vacío ético.

Colombia parece vivir una crisis profunda. Un vacío ético, político, económico y de proyecto social. Tal situación no ha nacido de la noche a la mañana. Es fruto de una historia y de algunas tareas que no se realizaron a su tiempo o se hicieron mal. Junto a innegables valores del pueblo colombiano, que no toca aquí recordar, nos preguntamos: ¿cómo es posible que la pérdida de valor de la vida humana haya alcanzado proporciones tan asustantes? ¿Cómo puede suceder en la tradicionalmente católica Colombia, quizá el país más católico de América Latina? ¿Cómo se pasó de la fuerte influencia de la iglesia institucional a la actual situación de anomia social, en niveles tan significativos, y falta de ética ciudadana? Tales preguntas deben hacer reflexionar a todo cristiano consciente y a la misma jerarquía. Cómo el país caminó sin transición de un tradicionalismo religioso a un violento secularismo. O cómo es posible que coexistan y convivan. La Iglesia no puede eximirse de un examen profundo de las causas, evaluando su propia historia, evangelización y catequesis, no menos que sus alianzas políticas y sus campa-

ñas.

### b) Vacío político y económico.

La historia nos dice que en Colombia los partidos políticos y las clases dominantes han llevado al pueblo a la guerra desde los primeros días de su vida republicana. Guerra que culmina en el período llamado "La violencia", que enfrentó a liberales y conservadores entre 1948 y 1954, y en el que, se dice, murieron 300 mil personas.

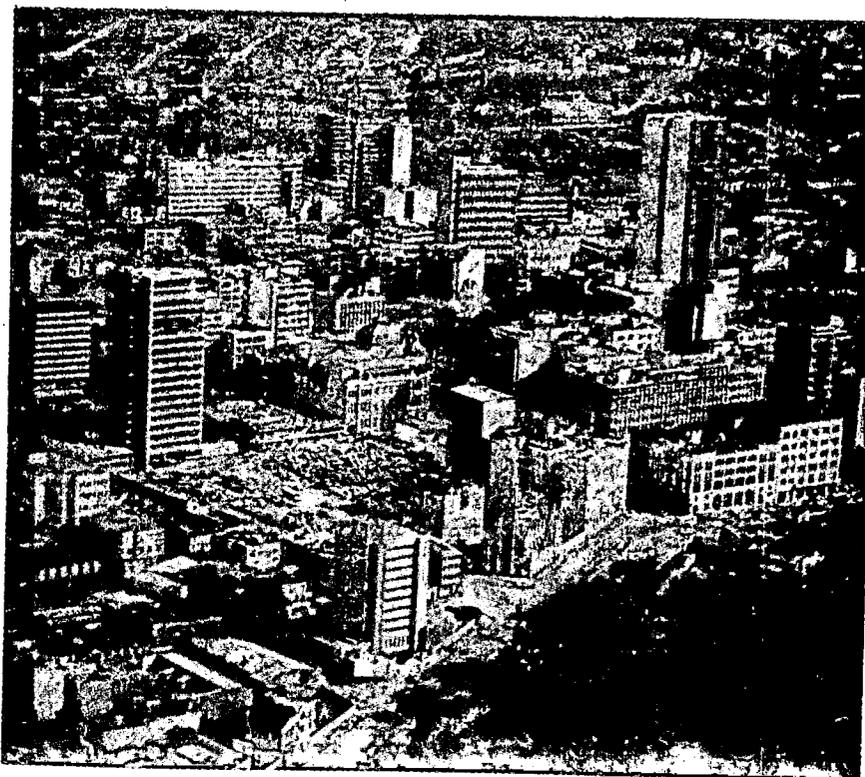
Tras la tregua, en las últimas décadas, la población colombiana emergente, fruto de una urbanización progresiva, y con una formación e información crecientes, no fue dotada de la sólida infraestructura que requería. No hubo bienes básicos para todos. Porque no existió una rigurosa reorientación del gasto público. El paro fue creciendo hasta llegar al millón y medio de actuales desempleados. El índice de pobreza absoluta alcanzó el 35%. Alrededor de siete millones de colombianos viven en medio de la zozobra económica. La clase política dirigente fue culpable de insensibilidad, cuando no de resistencia, para realizar las urgentes reformas que se requerían.

Hoy se recogen los frutos. El Estado se siente incapaz de asegurar los bienes básicos, otorgar seguridad social, garantizar la salud o la legislación laboral, administrar la justicia.

En Colombia —afirmaba el ex-procura-

dor General Carlos Mauro Hoyos— hay una justicia mendicante que le quita confianza y credibilidad al ciudadano. El Estado no garantiza los servicios elementales, cuando no ejerce una función perversa, como en el caso del robo perpetrado por las burocracias políticas sobre los beneficios de la riqueza del país y que nunca se convirtieron en bienes de servicio. Es fácil, después, demonizar la protesta ciudadana acusándola de subversiva. La verdad es que existe en la gente desconfianza y desprecio hacia un Estado ausente e irresponsable por demasiado tiempo, y hacia la policía y ejército que protegen tal situación. Población sin tierra en el campo, y sin empleo en la ciudad, a donde se vino desesperando de la reforma agraria, mientras más de mil millones de dólares salen cada año al exterior provenientes de las clases superiores. Este vacío de Estado lo aprovechará el narcotráfico para presentarse como benefactor.

Al parecer, Pablo Escobar ha construido en Medellín más viviendas populares que la administración del liberal Virgilio Barco. Porque no existen organizaciones civiles que defiendan al ciudadano de menores recursos, desprotegido en zonas extensas del país y en las inmensas barriadas marginales de las ciudades. A la luz de esta situación es como se explican tres realidades que se viven con especial dramatismo: el narcotráfico, la guerrilla y el militarismo. Vienen a llenar vacíos existentes: económico, de justicia y de Es-



tado.

## EL NARCOTRAFICO

Aspira a invadir el espacio económico y vital de miles de colombianos. Posee un proyecto, que es la quintaesencia del capitalismo: la libertad soberana del consumidor en la satisfacción de sus necesidades insaciables. La riqueza como un fin en sí, y no como servicio al crecimiento del hombre. Todo es legítimo si produce dinero, y todo medio para conseguir dinero se justifica por la cantidad de dinero que produce. Dinero con el que se pueden hacer muchas cosas: desde lavar conciencias hasta beneficiar al pueblo.

Los barones de la droga distribuyen ingresos y viviendas, ofrecen empleo y seguridad social, construyen centros vacacionales, pagan festivales populares y dictan sus leyes que deben cumplirse, algunas de ellas bajo pena de muerte. Se habla abiertamente de narcolimosnas, narcojueces, narcopolicia, narcofútbol y narcoparlamentarios... También de narcoejército y narcoguerrilla. El ídolo ha extendido sus brazos poderosamente y, bajo apariencia de bien, corrompe y mata. La metástasis es evidente.

## LA GUERRILLA

Ejerce una poderosa fascinación sobre muchos jóvenes colombianos hambrientos de justicia. Es la única alternativa, piensan, frente al Estado al que acusan de ladrón, manipulador y represor. Predican al hombre nuevo surgido de la revolución, prometen la comunidad.

En Septiembre de 1987, los aproximadamente 12 mil hombres y mujeres del movimiento guerrillero hoy representado por el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Movimiento 19 de Abril (M-19), y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) —sólo éstas últimas tienen el 80% de la guerrilla—, formaron la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, que ya ha actuado bajo esas siglas en diversos puntos del país. Para lograr la justicia los guerrilleros se introducen de lleno en la espiral de violencia que no va a cambiar nada, y que aumenta el dolor y la muerte. No consiguen lo que pretenden ni frente al Estado incompetente, ni frente a la mafia con quien establecen alianzas estratégicas.

Aunque lo niegan, a nadie se le oculta que las guerrillas de las FARC, que dominan tierras de cocaína, son ahora más ri-

cas que antes. Cobran un impuesto a los narcotraficantes y, al igual que el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), pactan fuertes sumas de dólares a cambio de dejar trabajar en sus dominios a las multinacionales del petróleo. Los costos de la guerrilla son altos en vidas humanas y en destrucción. No compensan los innegables beneficios que su sensibilidad por la justicia ha aportado al país.

En realidad la guerrilla ha traído más lucha armada, más presupuesto militar, más represión contra legítimas protestas populares y campesinas, más violencia y más tráfico de armas, único negocio mundial que supera al de la droga.

## EL MILITARISMO

Ni la idealización de la guerra que predica la guerrilla, ni la idealización de la fuerza militar como definitivo camino de solución son contraveneno ni medicina. Empeoran la enfermedad porque hacen de la lucha armada un fin en sí misma. Y ésta es la peor de las violencias.

El ejemplo más trágico y evidente de ello fue la toma y liberación del Palacio de Justicia. Lo ocurrido el 6 y 7 de Noviembre de 1985 es una realidad que se debe analizar hasta el final. A la toma militar y totalitaria de la guerrilla, aprobada después por hombres y mujeres de grupos radicales, siguió la toma militar y totalitaria del ejército y la policía con el consiguiente holocausto final que aprobaron numerosos dirigentes políticos y gremiales. Ninguna de las dos partes contó los costos humanos. El Palacio de Justicia continúa hoy mostrando las tremendas heridas que se infligieron al país, por ausencia de diálogo y participación ciudadana en la solución de los problemas, de voluntad política para resolverlos.

## LECCION Y LLAMADA

No basta predicar "hágase la paz" para que la paz exista. La paz no es gratis. No se encuentra, se construye. Es fruto de la justicia y de reformas cada vez más costosas y urgentes.

El análisis de lo que sucede hoy en Colombia es complejo. No menos difícil será el presentar alternativas posibles y concretas a esta situación.

Para que Colombia pueda enfrentar con éxito sus amenazas internas requiere de un monumental esfuerzo que haga posible la democracia real, el diálogo, la voluntad política de hacer frente a la injusticia. Suena ingenuo, pero no parece haber

otro camino. Lo que supone cuestionar sin descanso el camino guerrillero, no menos que su contrapartida militarista, la nueva Inquisición de hoy. Supone plantear nuevas vías para los jóvenes generosos que quieren dar su vida por un país mejor. Supone superar la desesperanza, el sentido de impotencia y el miedo que paralizan. Supone el fortalecimiento de la sociedad civil, y la defensa decidida y directa de los derechos de los pobres. Y todo ello supone, en el fondo, una profunda reforma del Estado.

La fluidez de problemática entre países vecinos, en este caso Venezuela y Colombia, es un hecho. Lo único que puede impedir la fácil transferencia del terror será la difícil transferencia de la democracia, que nosotros tampoco dominamos muy bien. La práctica de una democracia que vaya a la raíz de los problemas en la búsqueda de una justicia básica. Las condiciones para ello no sólo se heredan, sino que continuamente se recrean. Se cuidan o se descuidan en el quehacer político de cada día. De no preocuparse el Estado, otros lo harán por él, y contra él.

En la conmemoración de los treinta años de nuestra democracia éste parece ser el mensaje que nos llega de nuestro sufrido, hermano y vecino país: la ética, la justicia social, la conciencia, el diálogo eficaz, la voluntad política de acometer decisivas reformas, son valores irrenunciables. Toda irresponsabilidad o ataque contra estos valores desde el gobierno, desde la esfera pública o privada se paga a un alto precio. Debe denunciarse implacablemente y someterse al remedio adecuado.

Medellín, la ciudad símbolo hoy, y el documento de hace veinte años, nos recuerdan algo más: "Son también responsables de la injusticia todos los que no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz. La justicia, y, consiguientemente, la paz se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular" (Paz, n. 18).

(1) Entoda esta parte nos guiamos por el excelente estudio y análisis de la realidad colombiana: "Desafíos de nuestra realidad a una teología honesta". Lección inaugural del año académico 1987, en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, por Francisco de Roux S.J.